

## MUERTE, EXILIO, FILOSOFÍA Y NACIMIENTO

*Prólogo para el libro de Luis de Llera Filosofía en el exilio: España redescubre América*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2005, 231 págs.

© José Andrés-Gallego

© Luis de Llera y Ediciones Encuentro

ISBN: 84-7490-753-5

Depósito legal: M. 3492-2005

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación total o parcial de esta obra sin contar con autorización escrita de los titulares del *Copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Esta obra se encuadra en el Proyecto de Investigación *Política cultural del primer franquismo* (BHA2003-09878-C02), desarrollado dentro del Plan Nacional de Investigación, Ministerio español de Educación y Ciencia.

Cuando me puse a escribir el prólogo del libro de Luis de Llera sobre *La modernización cultural de España, 1898-1975* (Madrid, Editorial Actas, 2000), acababa de sucederme algo que me indujo a redactar una cosa distinta de la que tenía pensada. Eso obedeció, seguramente, a una pura conveniencia mía, que es la de escribir lo que tengo en cada momento en la cabeza a fin de despejarla y no darle más vueltas. Probablemente a todos nos sucede, pero a algunos más que a otros, o con más fuerza: rumiamos una idea –la que sea- y no conseguimos quitárnosla de la mente hasta que la “objetivamos”, expresándola por medio de unas palabras que salen de nosotros y, de esa forma, quedan fuera, en el papel o en la pantalla del ordenador; dejan de ser una preocupación.

Me trae sin cuidado las cábalas que hagan los aficionados a la psicología con esta confesión con que empiezo este prólogo. Ahora me sucede lo mismo. Cuando Luis volvió a hacerme el honor de pedirme que prologara su libro sobre filósofos del exilio, pensé de inmediato que había llegado el momento de enfrentarme con mi propia memoria del exilio, entre otras cosas porque es lo mínimamente interesante con que puedo ilustrar e incluso arrojar un poco de luz sobre la historia general del exilio español de 1936. Un hermano de mi madre, Antonio Gallego, murió en el exilio; era comunista<sup>1</sup> y, como los jefes de la guarnición de nuestra diminuta y queridísima ciudad optaron por sumarse al Alzamiento, mi tío escapó y acabó en Méjico, donde moriría, muchos años después.

---

<sup>1</sup> Iré diciendo lo que recuerdo. De momento añadiré que, del Archivo Histórico Nacional, Sección Guerra civil, de Salamanca, me remiten fotocopia de tres fichas, correspondientes a otras tantas personas llamadas “Antonio Gallego Gallego”. La de mi tío es sin duda la que reza así: “GALLEGO - GALLEGO - ANTONIO – Natural de Calatayud (Zaragoza); de 22 años; hijo de Ángel y Teodora; comerciante.- Dice haber pertenecido al Partido Comunista.- Evadido a la zona roja.- S.M.- Leg. 10742.- Carp. 2.- Fol. 92.” De los otros dos Antonio Gallego Gallego, uno era de Jaén (socio de Acción Popular que se pasó a Izquierda Republicana) y otro capitán del Ejército rojo en el 7º Cuerpo de Ejército.

No se trataba sólo de contar su vida, sino de explicar, sobre todo, cómo vivíamos su exilio aquí, en España, sus familiares. De mis recuerdos, los que pensaba exponer y desarrollar principalmente eran los que conciernen a la llegada de una carta suya: cómo se rodeaba de un verdadero rito familiar, silenciosamente dramático y tenso, que terminaba con la lectura de la misiva, en voz alta, por parte de su hermana mayor, la tía Mari, en medio de un silencio no sé si sepulcral o reverencial o simplemente ajustado a la tragedia que implicaba aquel hecho: la ausencia de un hermano, la lejanía, la conciencia de la injusticia y la necesidad de callar, por prudencia.

Durante años, perseguí –por así decir- esas cartas. Tenían que estar en algún sitio. Y, en efecto, cuando murió la tía Mari, se encontraron entre sus papeles y pude rescatarlas. Con la invitación de Luis de Llera, había llegado el momento de exponer mis recuerdos familiares y enlazarlos con lo que decían esos papeles. Pedí a mis hijos que me trajeran del pueblo esos documentos (porque no me caben en casa los que no son de uso inmediato y tengo todo allí, a más de cuatrocientos kilómetros) y estaba en éstas y con esa intención cuando empezó el declive final que ha llevado a mi madre a la muerte.

Y, ante la muerte de mi madre, me he preguntado para qué sirve la filosofía.

Dicho de otra manera: he cambiado de concepto. Este libro está presidido por dos: exilio y filosofía. Y, como no me consideraba ni soy capaz de decir cosa singular, que merezca la pena, acerca de algo que se refiera a las dos cosas, había decidido hablar del exilio, tal como lo vivíamos en familia. Y resulta que voy a hablar de filosofía.

\* \* \*

Eso no quiere decir que lo que voy a recordar –porque seguiré con recuerdos- no tenga relación con el exilio: voy a hablar de la filosofía de una persona –mi madre- que, por lo que acabo de explicar, vivió en esa situación que algunos llaman, un poco retóricamente, “el exilio interior”.

En puridad, decir que mi madre fue una “exiliada en el interior” de España, es más retórico aún. Por lo menos, debo advertir que, probablemente, ella no se consideró nunca así. Simplemente, vivió. El hecho de pertenecer a una familia “de izquierdas” y de tener un hermano exiliado, cuyas cartas venían a veces abiertas en la censura, la indujo desde luego a desarrollar unas formas de actuación –sobre todo externas- que pasaban inevitablemente por el tamiz de la prudencia. No podía exponer libremente lo que pensaba, siendo así que lo que pensaba no era precisamente favorable al Movimiento Nacional.

Pero tampoco luchó en la Oposición. No pasó de ser una mujer de clase media que formó una familia, tuvo dos hijos y los sacó adelante, claro está que con su marido, que también era de izquierdas y con quien, por lo tanto, pudo compartir la prudencia sin mayor dificultad. Una prudencia llevadera: asumida con realismo y, sobre todo, con la convicción de que hay que vivir y que no se puede consumir una vida mirando hacia atrás, con añoranzas de algo que no puede volver.

En cuanto a sus hijos, ni siquiera tuvo que molestarse en inculcarnos eso mismo, prudencia; lo aprendimos sin necesidad de que nadie nos lo aconsejara. Por mera ósmosis. Había algo en el ambiente familiar que nos inducía a guardar silencio sobre lo que oíamos en casa. Que, por otra parte, no era nada ignominioso; eran meros puntos de

vista que implicaban un criterio político que a su vez generaba en nosotros – seguramente sin que mis padres se lo propusieran- también unos criterios de comportamiento. Por ejemplo, a mí no se me ocurrió jamás decir a mis padres que quería ir a un campamento del Frente de Juventudes; es que, además, no quería. No es que me repugnara; es, simplemente, que no me llamaba la atención y que tenía la sensación de que aquello era un organismo quizá nocivo y, en todo caso, ajeno a lo que debía considerar como propio de mí, de mi situación en la vida.

Por lo mismo, tampoco se me pasó por la cabeza acudir a un local de Acción Católica (que era la otra posibilidad asociativa que tenía un niño de posguerra en la España de Franco). Pero no porque hubiera escuchado jamás en casa nada relacionado con esa asociación –cosa que no puedo decir de Falange y el Movimiento Nacional-, sino porque algo me hacía ver que era una realidad también ajena a nosotros, que no me correspondía a mí, por decirlo de alguna forma.

\* \* \*

No hablo, por tanto, del exilio, sino de la filosofía de mi madre.

Pero eso plantea otra dificultad. Y es que mi madre no sabía filosofía, en sentido estricto. Tenía lo que se dice “una filosofía de la vida”. Pero no era profesional de la reflexión metafísica o antropológica o gnoseológica. Como *señorita* de clase media, la habían educado para eso, para ser una señorita, y, como además no tuvo afición por el estudio, sólo hizo los primarios y luego corte y confección.

Pero tenía una filosofía de la vida y es eso lo que querría analizar: no ya para explicar cuál era esa filosofía –aunque tenga que decir algo de ella para que se entienda lo principal-, sino para responderme a una pregunta que me he hecho insistentemente en los últimos meses: ¿para qué sirve la filosofía? Concretamente: si las reflexiones de los filósofos sirven realmente para configurar la “filosofía de la vida” de la gente común como mi madre. Dicho de otra manera: ¿qué es lo que hace que una persona piense de un modo y no de otro? Más claramente –porque es lo que presupone con más claridad una decisión explícita que te lleva a apartarte de lo que has recibido-: ¿por qué hay gente que cambia de modo de pensar y de vivir? Ésta es la cuestión a la que desearía dar alguna respuesta.

\* \* \*

Las primeras referencias que tengo de la “filosofía” de mi madre son éstas: la primera consiste en que la educaron en las monjas de Santa Ana, que es una congregación muy querida en Aragón, porque la primera comunidad con que contó se encargó del Hospital General de Zaragoza y, durante la guerra de Independencia, tuvieron un comportamiento heroico. Hace días, cuando enterramos a mi madre, fui con algunos de mis hijos a buscar el antiguo colegio de Santa Ana por aquellas callejas de mi diminuta ciudad y lo encontramos en una plazoleta tranquila y vieja en la que todo, incluido el colegio, me parece ahora minúsculo. Pues bien, lo único que me dijo alguna vez mi madre sobre aquella experiencia es que llegaron a atarla a la pata de una mesa por lo rebelde que era. Pero hablaba con verdadero cariño de aquellas religiosas.

El siguiente recuerdo es más “ideológico” y quizá clarificador. Pero también lo es el precedente; porque revela algo bastante llamativo, y es que a las niñas de clase media de

izquierda también las llevaban a colegios de monjas allí donde no había instituciones libres de enseñanza ni cosas parecidas. Y mi diminuta ciudad era y es demasiado pequeña para aspirar a tener algo así. Una niña de clase media tenía que educarse para ser señorita y no podía ir a la escuela pública –si es que se podía evitar-, que era adonde iban los pobres.

Si alguien supone que, por lo tanto, mis abuelos despreciaban a los pobres, se equivoca de medio a medio. Un día o dos al año por lo menos, se sabía en la diminuta ciudad que *los Zamoranos* –como llamaban a los de mi familia- daban de comer a todo el que lo requería y se formaba una cola de pobres y pobresas, cada uno con su puchero, una fila que bajaba hasta la puerta de la casa, continuaba por la acera hasta las Cuatro Esquinas y seguía más allá. Yo lo contemplaba en la cocina, como quien asiste a un maravilloso espectáculo. De enormes ollas, salían los cazos de sopa correspondientes, las raciones de carne que necesitaba cada familia (cada uno decía cuántos eran y se daba por supuesto que nadie mentía) y una naranja por cabeza. Recuerdo a un baturro que llegó un día sin puchero, con las manos limpias, a quien las criadas de la casa (eran otros tiempos y teníamos dos o tres), hicieron sentar en un rincón y le pusieron el plato delante, después de reconvenirle por venir de esa forma. Y ahora me acuerdo de otro día en que no se repartía comida y llegó otro baturro pobre diciendo que le habían dicho que sí, que ese día *los Zamoranos* repartían comida, y que venía por ella. Hubo que habilitarle el consiguiente rincón para que comiera; no era día de reparto pero no se le iba a dejar sin comer.

Además, siendo el yayo Ángel partidario de Azaña, no podía despreciar a los pobres; era muy limosnero y quería justicia. Pero no se le ocurría confundir eso con el porvenir de sus hijas.

Quizás no se hubiera confundido, como se confundió, si no hubiera muerto en 1934, antes de que ellas se casaran en matrimonios desiguales. Pero esto sucedió después de la Guerra y también dudo mucho de que mi abuelo hubiera sobrevivido a la Guerra. En casa siempre estuvieron seguros de que sí, de que era tan respetado que no se hubieran atrevido con él. Pero no estoy seguro. A lo sumo, lo habrían dejado huir, como huyó el tío Antonio.

De todas formas, para que se vea qué vientos soplaban en aquella casa de mi diminuta y queridísima ciudad de Calatayud, advertiré que, cuando el yayo Ángel enfermó (en las tierras del Ebro llamamos *yayos* a los abuelos) y llegó al momento de la muerte, en 1934, un cura amigo se presentó con ánimo de atenderlo y sus hijos mayores no le dejaron entrar en la habitación donde agonizaba, indignados de que intentara doblar la incredulidad de mi abuelo aprovechando que se moría. Una vez me dijo mi madre que, unas horas después, en los últimos momentos de su vida, cuando ya no podía hablar, el yayo Ángel hizo gestos angustiados porque quería algo y no podía expresarlo y le había quedado a ella la pesadumbre de si aquello que pedía no sería la confesión. Pero no le angustiaba el recuerdo; en el fondo, pensaba que Dios habría arreglado las cosas, no sabía cómo. Esta convicción no era ajena a la idea de que la religión no era patrimonio de los curas por que hubieran ganado una guerra, según explicaré más adelante, y, consecuentemente, Dios no tenía que hacer, necesariamente, lo que ellos dijeran.

El segundo recuerdo “ideológico” que iba a relatar de mi madre no era éste, sino el de algo que ocurrió ya empezada la Guerra. Así que son tres y no dos los recuerdos que hacen al caso. Los asesinatos ya habían comenzado en las dos Españas; mi madre recordaba que, por aquellos días, vio pasar varios cuerpos ensangrentados en un carro de la basura y que uno de ellos era el de una mujer joven que todavía gemía. El tío Antonio ya había huido; de manera que sólo quedaban en casa mi abuela y las tres hijas, la menor de las cuales era mi madre, que debía tener catorce años. Un día oyeron un griterío y alguien vio por la ventana que, en la calle, había una multitud exigiendo que *las Zamoranas* salieran al balcón. La multitud tenía que ser pequeña, a mi modo de ver, porque el Rincón de la Bodeguilla, que es el lugar de Calatayud donde ocurrió todo esto, no debe tener cinco metros de anchura; no cabe mucha gente. Pero sí la suficiente para constituir una *manifestación*.

Pues bien, una vez que las tres hermanas salieron al balcón, como pedían las manifestantes (la mayoría eran mujeres), les exigieron que gritaran *viva España*, cosa que hicieron ellas con absoluta conformidad e incluso entusiasmo, faltaba más; luego les impusieron el grito de *muera Rusia*, cosa que también llevaron a cabo aunque con menos convicción porque no veían razón para ofender a nadie, y, por último, no satisfechas con eso, las manifestantes les reclamaron *los uniformes comunistas*. Aquí las tres hermanas no supieron qué hacer; se quedaron perplejas; no pertenecían al Partido Comunista de España ni a ninguna de sus variantes (que entonces no eran muchas); al propio tío Antonio (quien, como dije, se declaraba comunista) no le habían dejado afiliarse al PCE por ser, precisamente, *un señorito* (los del PCE de entonces no admitían a señoritos); así que sus hermanas no podían poseer uniforme comunista de ningún género. Por fin, las manifestantes les aclararon a gritos que se referían a los pantalones cortos que usaban en las excursiones campestres y montaÑeras. Hasta la Catalatayud de la preguerra, habían llegado la mística institucionista de la montaña, explayada en la sierra de Madrid, y, aunque Calatayud no tiene Gredos ni aun Guadarramas, la sierra de Vicor, que ahí está, hacía muy bien las veces. Los jóvenes y las jóvenes de izquierda, en amigable compañía, hacían excursiones y llevaban unos largos pantalones cortos que no hubieran debido escandalizar a nadie.

Pero, en aquellos tiempos, escandalizaban. Muchos años después, encontré entre los papeles del cardenal Gomá una propuesta de *Cruzada femenina española de austeridad y modestia*, fecha 10 de junio de 1937, donde las dirigentes de la Confederación de Mujeres Católicas imponían el compromiso de “no usar en el ejercicio de ninguno de estos deportes (hockey, tennis, caballo, caza, sierra, etc.) pantalón ni falda pantalón sino trajes eminentemente femeninos que respondan proporcionalmente a las normas trazadas”, que no sé cuáles eran pero que ya se ve que no admitían las costumbres de *las Zamoranas* y sus amigos. He publicado ese papel con Antón M. Pazos en el volumen VI del *Archivo Gomá*, por si alguien quiere leerlo entero.

Así que no me extraña que algunos personajes de mi diminuta ciudad considerasen cosa mala los pantalones cortos para el monte, tratándose de féminas, ni me extraña tampoco que le dijeran a mi madre que la manifestación había sido inducida por un cura desde el púlpito. Me dijo desde qué iglesia pero me falla la memoria y me alegro; no es cuestión de difamar a un buen eclesiástico.

\* \* \*

Consecuentemente con ello, mi madre fue católica de una manera singular.

Singular pero no sectaria. Ni siquiera anticlerical. Simplemente, vio a los curas como seres humanos y unos le parecieron bien y otros no. Le parecían bien, con tal que *no le vinieran con historias*. Venirle con historias era mezclarse en la política, aunque fuera en conversación. Con tal que no le vinieran con eso, todo el mundo iba bien. Una vez recordó que entre las manifestantes de aquel día del *muera Rusia* iba una amiga suya, que me daba a mí clase; se acordaba perfectamente. Pero jamás le negó la amistad. Pasaba, diríamos en la jerga actual.

En cuanto a devociones, no fue más allá de la misa dominical.

No puede nadie meterse en la conciencia de otro y no puedo saber por qué iba a misa; no recuerdo que me lo dijera. Si acaso, por conocerlos como los conocí y por algunos signos externos, tengo la impresión de que se mezclaba en mis padres la prudencia de que antes hablaba, inducida por la situación política y el exilio del hermano; la aceptación positiva de un rito social en el que no tenían por qué ver política; incluso el deseo de dejar claro que la religión no era patrimonio de “los católicos” y de los curas por que hubieran ganado una guerra y, también, una cierta dosis de fe, no sé en qué medida ni en qué.

Sí recuerdo que mi padre creía en la reencarnación de las almas y no recuerdo que mi madre me enseñara a rezar.

Pero iban a misa.

Para mi madre –es cierto-, el rito dominical era la ocasión por excelencia de lucir el palmito –era muy guapa- y el kilómetro que separaba nuestra casa, aproximadamente, de la iglesia a la que acudíamos era un desfile de modelos que a mí me resultaba más molesto que la propia misa. Me resultaba molesto porque mi padre se quedaba atrás; avanzaba yo con mi madre y, cuando cruzábamos por determinada encrucijada de tabernas, los varones allí presentes –obreros y vagos de medio pelo de la zona madrileña de Estrecho, adonde habíamos pasado a vivir- pronunciaban requiebros que a mí me parecían insolentes sin que me asistiera el valor de enfrentarme a las circunstancias. Me veía demasiado niño para salir en defensa de mi madre (que, por lo demás, no parecía molestarse por esos piropos) y me veía al mismo tiempo demasiado varonil para aguantarlos. Era un momento horrible, que se repetía casi todos los domingos y fiestas de guardar.

\* \* \*

Si intentara apurar más y explicar –“sistematizar”- la filosofía de la vida de mi madre, diría que era ante todo tolerante, incluso con los curas, y sumamente independiente en sus criterios. Lo fue siempre. Hasta el final, mantuvo el principio de pensar libremente. Cosa que le permitía ver las peores series televisivas, incluidas las sexistas y las violentas, sin más argumento –cuando se veía obligada a aducir alguno- que el de que ésa era la vida real y, por tanto, había que ser consecuente con ello y verlo con naturalidad. Lo tenía tan claro, que renuncié hace mucho a convencerla de que yo había estado en Norteamérica –de donde venían esas películas- y las cosas no eran así, por lo menos a simple vista.

Ella sentía, de otra parte, la seguridad que sienten muchas mujeres guapas que son conscientes de su belleza y de los estragos que causan. No es que coqueteara con nadie; fue fiel completamente y siempre a mi padre. Que pasaba también por guapo y, concretamente, por su parecido con Gary Cooper. Sencillamente, esa seguridad y supongo que otras razones la llevaban a aceptar la vida como venía –no como era- y a procurar disfrutar de ella todo lo posible, dentro de lo que permitía el Régimen, lo que aconsejaban sus principios morales y lo que consentía la economía familiar.

Eso le permitía seguir siendo de izquierdas, recordar en la intimidad los desastres familiares de la Guerra, pero mirar constantemente hacia adelante y, además, no inculcar en sus hijos ningún tipo de revanchismo ni mucho menos de odio, sino mera libertad de criterio.

Y, en todo esto, mi padre la secundaba –si es que no iba por delante- al pie de la letra. Él era también de izquierdas. Aunque de otras “izquierdas”: menos definidas y nada partidistas. Él sí que había nacido en el exilio. Pero en ese otro exilio de los millares de campesinos que cruzaron el charco para mejorar la vida en América, a principios del siglo XX. Tampoco alimentaba odio o envidia ni revancha. De joven, llevaba en su propio camión –de aquéllos de posguerra- una muda limpia y un traje para aviarse como es debido cuando llegaba a Calatayud, a ver a mi madre, y parecer un señor. Desde niño, leía con avidez cuanto caía en sus manos.

Simplemente, era partidario de la libertad y la justicia, aunque lo suficiente para que, en julio de 1936, los mozos de derecha del pueblo lo subieran a una camioneta y lo llevaran a la ciudad con los demás de su ralea, no se sabe con qué intenciones; razón por la cual, cuando pasaron por delante del Gobierno civil, saltó del vehículo como un gamo, entró en el Gobierno, subió las escaleras de cuatro en cuatro y se presentó a un capitán de la Guardia Civil con quien iba de caza. Así fue voluntario del Ejército Nacional. Sólo me lo contó una vez. El capitán no le preguntó nada, cuando, de sopetón, mi padre abrió la puerta del despacho. Sencillamente, mi padre le dijo: “A sus órdenes, mi capitán”. Y el le respondió: “Así me gusta, José; así me gusta”. Voluntario del Ejército Nacional y feliz. Con tal que no le hicieran disparar contra nadie. El poco tiempo que pasó en una trinchera y tuvo que disparar, lo hizo al aire. (Así que acabaron por herirle a él.) Luego, como conducía muy bien, lo hicieron chófer del comandante.

Pero, mientras estuvo en la trinchera, no disparaba al aire por ser de izquierdas, como los que venían contra ellos, sino por pacifismo y por eso que ahora se llama objeción de conciencia. Le parecía insólito que un ser humano matara a otro. Luego, lo de la reencarnación le llevó a pensar que tampoco había que matar animales, más que para comer, y nunca quiso comprarme una escopeta de perdigones, que era un juguete relativamente extendido en aquellos años de Franco. Un día entré en el huerto que tenemos en el pueblo –el de mi familia paterna, que es una aldea de Castilla donde no madura ni el trigo- con un amigo que sí tenía escopeta, a matar gorriones, y nos hizo salir cortésmente.

\* \* \*

El problema es que, sin quererlo –ni ellos ni yo-, me hice a la idea desde niño, con todo esto y otras circunstancias, de que ésa era la forma de pensar de la mayoría de los demás españoles, de manera que “el Ejército” y “la Iglesia” –concebidos como



verdaderas cuasipersonas, tal como los oía citar en casa- constituían una superestructura que se imponía a la sociedad real, encorsetándola e impidiendo que la gente viviera y se expresara a sus anchas.

Si alguien quiere que precise algo más y dé la filiación filosófica de mi madre (porque lo que he dicho hasta ahora cabe en filosofías muy distintas, lo sé), tendré que reconocer que no había más, sino lo expuesto –que su hermano, con quien se llevaba especialmente bien, era comunista- y que su padre –mi abuelo, el yayo Ángel, que tuvo la prudencia de morir en 1934, antes de que estallara la Guerra- era del partido de Azaña.

Como nunca me inculcaron odio ni siquiera rechazo, según he dicho, a mí pudieron sucederme dos cosas trascendentales: la primera es que, un día que subía por la calle madrileña de Ríos Rosas –lo recuerdo perfectamente- vi a un cura e hice una de esas rapidísimas relaciones mentales que se nos ocurren a todos: me acordé de los mandamientos –que nos enseñaba en el Instituto Ramiro de Maeztu el padre Gabino (López Morán)-, me pregunté si los cumplía, empecé por el primero, pensé si amaba a Dios... y me di cuenta de que no creía en Dios. Tenía doce o catorce años.

A los diecisiete, creí. Tengo fe exactamente desde comienzos de 1962. Antes era un agnóstico que se preguntaba angustiosamente sobre el sentido de la vida. Y eso cambió en aquella fecha. No creía y creí.

Alguien se preguntará por qué, en vez de reflexionar sobre la filosofía de mi madre, no explico cómo y por qué cambié de modo de pensar yo mismo. Pero es pedirme demasiado. Dejémoslo para otro libro. Aquí sólo diré que, en los meses siguientes, me puse a aprender doctrina cristiana –no sabía apenas rezar- y fui siendo consciente de lo lejos de aquellas creencias que estaban mi formación familiar y –lo que hace más al caso- las creencias de la mayoría de los españoles (o, más exactamente, lo que pensaba yo que dominaba en la sociedad española).

Porque aquella idea de que los españoles eran de izquierda casi unánimemente y que los militares y los curas –y falangistas y “católicos”- eran una minoría que se imponía a los demás por la fuerza, no cambió de inmediato, cuando me convertí. Seguí pensando igual. Simplemente, vi que los curas tenían sus razones y procuré guardar distancias con los militares. Como, por otra parte, el catolicismo que conocí en aquellos momentos de 1962 era muy novedoso, tampoco pude familiarizarme con el viejo catolicismo español y tardé mucho en descubrir que ese viejo catolicismo no era exactamente minoritario en aquellos momentos. Continué terne en la idea de la superestructura impuesta a la estructura.

Mejor dicho: cambié los conceptos e interpreté la realidad en función de la dialéctica entre cristianismo y descristianización. Llegué a la conclusión de que la sociedad española estaba profundamente descristianizada y que, además, el catolicismo tradicional español era clerical y obsoleto y que, por tanto, constituía una realidad residual, que sólo sostenía la superestructura de curas y militares que respaldaba el Régimen.

Lo que añadió mi fe, recién estrenada, a este análisis es que el catolicismo tenía futuro: se intentaba abrir paso una manera nueva de vivir conforme a la fe –justo la que

inmediatamente se impondría en concilio- y lo que había que preguntarse es si la recristianización que eso podía implicar llegaría a tiempo de salvar la vieja sociedad cristiana, repristinándola. Recuerdo bien que vi este dilema con una especial lucidez (no digo con acierto): esa manera nueva de entender el catolicismo podía dar sentido a la existencia de todos los hombres pero quizá llegaba tarde y habría que comenzar desde el principio. La cuestión radicaba en saber quién correría más: si la descristianización y el abandono del viejo catolicismo o la recristianización de nuevo cuño.

El asunto era aún más difícil porque me parecía que los “viejos” católicos no podían entender ese nuevo catolicismo. Estaba convencido de que sólo los que veníamos de la “gentilidad” podíamos comprenderlo de manera cabal.

Y, en ese caso, teníamos por delante nada menos que la construcción de una nueva cultura.

Debo advertir que comencé a dar vueltas a todo eso en 1962, cuando me convertí, pero que el catolicismo que aprendí era novedoso en todo menos en política –de la que se inhibía- y que no terminé de conciliarlo con mis inclinaciones hasta que leí la declaración sobre la libertad religiosa *Dignitatis humanae*, de 1965, de cuya trascendencia política no hay que hablar.

\* \* \*

A todo esto, decidí ser historiador. Mi padre me había dado estudios para que fuese ingeniero de montes. Pero, sin quererlo, me había inculcado la afición a la lectura, y eso y demás circunstancias orientaron mi vida. “Me ha salido poeta”, dijo alguna vez con resignación.

Como esto sucedía en los mismos días (1962-1965) en que me introducía en la doctrina cristiana, que desconocía hasta entonces, fui descubriendo por qué habían ocurrido de esa forma las cosas que me preocupaban ahora y, concretamente, por qué se había descristianizado el mundo. Y, con ello, entré en conocimiento de esa secuencia establecida en un sinfín de manuales de historia de la filosofía según la cual el realismo aristotelicotomista lo frustraron los nominalistas, Descartes lo convirtió en subjetivismo y, en adelante, se impuso un racionalismo protestante que, por medio de Leibniz, Kant, Hegel y otras figuras acabó por vaciarse de protestantismo y, al cabo, también de racionalismo, esto último por obra de Nietzsche.

Todo estaba claro. Salvo que un día me pregunté por qué había ocurrido así: primero, por qué se impuso esa trayectoria y no otra, supuesto que la historia no era una realidad determinada, sino a determinar, y, por tanto, si es que no hubo un pensamiento alternativo en todos esos siglos y, si lo hubo, por qué no triunfó.

Debo decir que me costó treinta años dar con el camino que conducía a una respuesta –filosófica-; que en los años noventa del siglo XX empecé a vislumbrarla, la puse por escrito en un libro... y pensaba en publicarlo cuando entró mi madre en el declive que la llevó a la muerte, al mismo tiempo en que se daba en mi cabeza un conjunto de reflexiones que me obligaron a preguntarme lo peor que puede preguntarse un escritor: si mi descubrimiento –el de si hubo un pensamiento filosófico alternativo y por qué no triunfó- servía de algo.

No voy a adelantar ahora lo que espero explicar en ese libro: primero, si hubo tal pensamiento; si lo hubo, por qué no triunfó; tercero, por qué dudo de que saberlo sirva de algo. Aquí sólo intento exponer una reflexión existencial –al hilo de una muerte real, la de mi progenitora- sobre la pregunta, más general, que hay detrás de eso: la filosofía (sea la de Ockham, la de Descartes, la de Hegel o la del Aquinate), la teología, la doctrina ¿sirven de algo?, ¿es lo que suele modificar realmente la orientación de las personas concretas y sus decisiones y formas de vivir?

No me refiero al hecho de si, una vez aceptada una creencia o asumida una convicción “existencial”, la propia lógica de ésta y, por lo tanto, su doctrina orientan los comportamientos del convencido, sino si alguien se convence –existencialmente- por mor de una doctrina, de una teología o de una filosofía. Porque es obvio que, si no ocurre así, mi posible descubrimiento tiene una importancia bastante menor. Y no digamos el esfuerzo y las cavilaciones de doctrineros, teólogos y filósofos.

\* \* \*

Que me lo preguntase en el otoño de 2003 y empiece a ponerlo por escrito en la primavera de 2004 tiene que ver con muchas cosas, de las que sólo voy a exponer una:

Hacia el año 2001, unos golfillos de Sagunto robaron el bolso a mi madre por el procedimiento del tirón, la arrojaron al otro lado de la calle, se rompió una rodilla, y la curación desencadenó lentamente un proceso de complicaciones físicas y fisiológicas que ya no se detuvo hasta el 16 de abril de 2004, que fue cuando murió. El día en que le dieron el tirón, mi madre regresaba de misa a casa de mi hermana, con quien vivía en aquellos momentos. Luego vino a la mía y la retuvimos en ella hasta el momento de su muerte para poder atenderla. Como somos muchos, podíamos repartirnos el trabajo.

La verdad es que yo me vi en un dilema: barruntaba que ese deterioro de la salud la acercaba más a la muerte y deseaba que mi madre muriese junto a mí –luego diré por qué-, al mismo tiempo en que, conociendo mis propias capacidades, sabía que no iba a ser yo quien se hiciera cargo del trabajo mayor que iba a dar su mal estado de salud en los años de vida que le quedaran, que podían ser muchos. No me consideré con autoridad ni con derecho para imponer a mi mujer y a mis hijos la obligación de ayudarme, pero tenía claro que quería acompañar a mi madre hasta el momento final y que el dilema no tenía otro remedio que el de esperar la ayuda de los míos con la misma esperanza y la falta de derechos con que esperan una limosna los pobres que se ponen a la puerta de las iglesias.

Me ayudaron con creces.

Pero fracasamos en lo que concernía a la salud. En el otoño de 2003, sentencí en casa que empezaba a ver próxima la muerte de *la yaya*. El proceso de empeoramiento, de debilitamiento, era tan lento como claro. Iba convirtiéndose en una sombra.

En febrero de 2004, ya no se sintió con fuerzas para levantarse del lecho y, un día, con lo poco que le quedaba de voz, me dijo de manera patética: “Me voy”. Se me cruzó por la cabeza la pregunta de qué debía responderle; vi claro que no podía engañar a mi madre, birlándole la necesidad de afrontar la muerte como yo mismo desearía afrontarla; le dije que, en efecto, “se iba” y, al añadir lo que me pareció conveniente, rehuí la retórica. Desconfío de la retórica por su misma naturaleza, que consiste en

momificar la realidad convirtiéndola en palabras que ya no tienen significado para quien las oye. Le expuse llanamente el futuro que le esperaba y lo que seguramente podría hacer en ese futuro. Se le iluminaron los ojos y sonrió débilmente. Había aceptado. En los meses siguientes, se sumió en un silencio resignado, tristón, probablemente en una depresión fomentada por el creciente malestar y por la impotencia.

Quince días antes de morir, no sé si la debilidad o la entereza —o las dos cosas— acabaron incluso con esa tristeza y todo quedó en un hieratismo silencioso, como el de quien espera y sólo espera con la mayor serenidad.

Creo que fue el día 13 de abril cuando pronunció las últimas palabras que sé de ella. El día anterior había dicho que quería reunirse ya con mi padre (que había muerto doce años atrás). El día 13 dijo a una de mis hijas: “Mira, ha venido tu abuelo a llevarme a bailar”. Mi hija le respondió que, en ese caso, tenía que ponerse guapa para ir con él; ella sonrió y luego entró en la agonía.

Nietos e hijos la acompañamos durante los dos días y medio que siguieron. Como a veces daba señales de conciencia, por el temblor que le provocaba el parkinson, la acariciábamos y besábamos y a un hijo mío se le ocurrió que lo mejor era cantarle. Y allí podrían haber visto ustedes a los simpatizantes de Izquierda Unida que anidan en mi casa entonando la Salve y otras canciones religiosas.

Mi madre, ciertamente, parecía serenarse aún más al oírlas. De hecho, el temblor cesaba.

A las 9 y veintitrés minutos de la noche del día 16, vi que dejaba de respirar y llamé a todos para que entraran en la habitación; la rodeamos; le puse la mano en la frente para que nos notara, si es que le quedaba sentido del tacto, y le hice con el pulgar la señal de la cruz. Tomó aire un par de veces y volvió a quedar sin respiración. Volví a hacerle la señal de la cruz y volvió a inspirar. Así hasta cinco o seis veces. A la sexta o la séptima, ya no recuperó el aliento y nos dijeron que había muerto.

Cuando se llevaron su cuerpo, otra hija mía entró en su habitación y encontró una hoja de agenda con estas palabras escritas de su puño y letra:

“Espíritu Santo: Tú que me aclaras todo, que iluminas todos los caminos para que yo alcance mi ideal, Tú que me das el don divino de perdonar y olvidar el mal que me hacen y que en todos los instantes de mi vida estás conmigo, yo quiero, en este corto diálogo, agradecerte por todo y confirmar una vez más que nunca más quiero separarme de Ti por mayor que sea la ilusión material. Deseo estar contigo y todos mis seres queridos en la gracia perpetua. Gracias por tu misericordia para conmigo y los míos.”

\* \* \*

¿Qué es lo que había hecho cambiar a mi madre?

¿Debilidad senil? Qué va. ¿Temor a la muerte? Jamás la oí referirse a eso. Mi madre empezó a tomar en serio los rezos en los años sesenta, cuando tenía cuarenta años o poco más y le faltaban todavía otros cuarenta para morir.

¿Qué es lo que le hizo cambiar? ¿Qué es lo que hace cambiar a un ser humano?

A un ser humano en general, no lo sé. Aquí pretendo solamente echar a andar con el examen de uno de los procesos que conozco mejor, porque lo he seguido de cerca durante estos cuarenta años largos precisamente.

Y la respuesta –la inicial- es muy clara: a mi madre no le hicieron cambiar ni los sistemas filosóficos, ni los teológicos, ni las meras doctrinas. A mi madre la hizo cambiar el hecho de que yo me convirtiera al cristianismo.

Es seguro que desconozco la influencia que pudieron tener otras personas sobre ella pero no tengo la menor duda de que fue el ver que yo cambiaba lo que a ella la indujo a cambiar.

No es que yo fuera un ejemplo vivo; es que ella era mi madre y estaba dispuesta a ver en mí todo lo mejor, aunque no lo hubiera.

Además, por si hiciera falta algo más que eso (que es más que suficiente), debe tenerse en cuenta que los sucesos en que se vio envuelta mi familia desde la muerte del yayo Ángel en 1934, incluida la Guerra y el exilio del tío Antonio, desquiciaron a ese conjunto humano –el de *los Zamoranos*- ideológica, social y económicamente. En 1962, cuando me convertí, mi familia era un barco a la deriva y una de las primeras tareas que me impuse, según fui reordenando mi vida, fue ayudar a mis padres a poner orden en la suya. Es lo menos... mejor, es lo primero que tenía que hacer.

Los pasos que dieron no hacen al caso. Sólo voy a añadir que, cuando empecé a ventear su muerte, me propuse acompañarles hasta ella como mejor pudiera y fue así como acabaron sus días, con los detalles que he dado y algunos más que sobreabundarían. Cuando murió, hacía mucho que mi padre no decía ninguna tontería parecida a la de la reencarnación y una de las últimas cosas que le oí es que la muerte se le estaba haciendo muy cuesta arriba, *yo que esperaba*, dijo, *que fuera éste uno de los momentos más dulces de mi vida*. Hablaba del encuentro con Dios; no tengo duda. Y pensaba como cristiano.

\* \* \*

El día 16 de abril de 2004, según queda dicho, murió mi madre. La enterramos en Calatayud dos días después, junto a los restos de mi padre; sus hijos y sus nietos oyeron misa por la tarde en la iglesia del Santo Sepulcro, porque allí se habían casado y siempre nos lo habían recordado con ilusión, y enseguida tuvimos que salir para Pamplona mi esposa y yo porque su padre estaba grave. Como se ve, una familia grande multiplica todo, también las penas; aunque tiene la ventaja de que la compañía es siempre mayor, en las penas y en las alegrías.

Aproveché para bajar a la biblioteca de la universidad y leer libros sobre la conversión: acerca de por qué se convierte la gente. Quería saber cómo interpretan todo esto los sabios. Me sirvió una veintena de títulos, unos de historia, algunos de teología y sobre todo de psicología. Me interesaba especialmente este último aspecto; el teológico *me lo sabía*, por decirlo coloquialmente. El histórico me importaba mucho pero con cautela; el historiador puede ofrecer elementos de juicio nuevos, datos que rompen esquemas y exigen nuevas reflexiones. Pero las reflexiones que hacen al caso requieren otras ciencias.

Llegué a dos conclusiones: la primera, que no era suficiente; me faltaba una cuarta clave: la que podía darme la antropología filosófica, mejor, la gnoseología, la teoría del conocimiento. Luego, días después, recordé unas viejísimas lecturas sobre el conocimiento por connaturalidad y creo por ahí van lo tiros. El conocimiento por connaturalidad tiene que ver con el afecto. Quizás eso explique aún mejor por qué mi madre se convirtió cuando vio que me había convertido. De todas formas, los que han escrito de estas cosas –que yo sepa- hablan de la connaturalidad como una forma de conocimiento derivada de la convivencia y yo me refiero más bien a una *atracción* que no es deducida, sino que nos induce a conocer la *naturaleza* de otro y, en ese sentido, sí nos *connaturalizamos* con él, si es que nos decidimos a ello porque su forma de ser –en este sentido, su *naturaleza*- nos convence y la queremos para nosotros mismos.

A esta forma de connaturalidad no le es ajeno el concepto de *paradigma* difundido por Kuhn. Y ése es ya un problema mayor: ¿por qué se forma un paradigma y la gente se ve inducida a vivir y pensar conforme a él? Quizá, si lo llegamos a saber, también sabremos por qué se ha descristianizado Occidente y a lo mejor averiguamos cómo cabe cambiar un paradigma, dicho sea con toda la audacia y el poco de sorna que el asunto merece.

No insinúo con esto que siempre nos convierta el paradigma, sino todo lo contrario: que la connaturalidad con *ese otro que nos atrae* nos hace capaces incluso de quebrar el paradigma en el que nos hallamos sumidos y del que estamos convencidos, aunque sea de forma ajena a la razón.

Pero, además de echar de menos ese cuarto ámbito de estudio, la unilateralidad de los análisis psicológicos que leí, desde el pionero de William James (*Varieties of religious experience*, 1902), me hicieron comprender que, una vez más, hay que defenderse de cualquier reduccionismo, sea teológico, sea historicista, sea psicológico o gnoseológico. El ser humano concreto es uno, entero, macizo si se quiere, sin compartimientos estanco. Reducir los procesos de conversión a cualquiera de las cinco cosas que están implícitas en lo que acabo de decir –gracia, historia, psicosis, connaturalidad, paradigma- es eso, reducirlos. El hombre es química y alma a la vez, con la particularidad de que, no sabemos cómo, ese alma se comporta de acuerdo con la química –pensemos en la importancia del litio en las cosas mentales-, es libre y objeto de la libertad de los otros y del Otro. Cómo se relaciona todo eso, probablemente nunca terminaremos de saberlo; primero, porque llegamos hasta donde llegamos y, segundo, porque, aunque lleguemos muy lejos, nuestro razonamiento es secuencial, actúa por relaciones normalmente, pone por tanto un elemento detrás de otro y eso exige tiempo y sistema; de suerte que convertimos en sistema, esquema y sucesión de partes distintas lo que en realidad es unidad y, por tanto, es por completo simultáneo. Por lo pronto, nadie puede conocer *experimentalmente* que es libre; porque eso sólo podría experimentarlo en sí mismo y, cuando lo intento y pretendo “objetivar” la decisión que he tomado –se supone que libremente-, de esa decisión ya no queda sino el efecto, no la decisión en sí misma.

Eso no quiere decir que no valga la pena estudiar. Pero ayuda a entender que, probablemente, lo que cambió la personalidad de mi madre –en la medida en que cambió- fuera otra *persona*, tal vez yo mismo; no un sistema de ideas. Sólo en uno de los libros que vi en la ocasión de que hablo (no sé si fue el de Chana Ullman, *The*

*transformed self*, 1989) se decía que, en los procesos de conversión de alguien, suele haber la atracción de *alguien*, quiero decir de otro, sin más, no meros sistemas de pensamiento.

\* \* \*

Eso permitirá entender que, llegados aquí, mi opinión de la eficacia de los sistemas filosóficos sea bastante distinta de la que tenía cuando comencé aquel estudio sobre las causas filosóficas de la imposición de la muerte de Dios.

Duro prólogo para un libro de filosofía, dirán ustedes. Pues todo lo contrario. Este libro de Luis de Llera no desarrolla sistemas filosóficos sino trayectorias vitales pensadas en clave filosófica por sus protagonistas, como, mucho más modestamente, he intentado reflexionar sobre la trayectoria de mi madre.

Ése es, a mi entender, el gran interés de este libro: no sólo el de las aportaciones que hicieron al conocimiento de las últimas causas de la realidad los filósofos exiliados de España en 1936, sino cómo se formaron y cómo se *reformaron* ante la experiencia de *otros*, que es lo que hallaron en América.

Ése es el gran descubrimiento: el descubrimiento de América por los filósofos exiliados de España; no sólo el hecho de que la *descubrieran* –exactamente así–, sino la reflexión a que ese descubrimiento dio lugar; reflexión que cambió sus vidas y fecundó la vida de otros, no sabemos quiénes ni hasta qué punto porque ése es el límite de nuestro posible conocimiento de para qué sirve la filosofía.

La clave está –o así me lo parece– en que la filosofía no es un pensamiento “especial”: que no hay solución de continuidad entre la reflexión del hombre más inculto y menos inteligente y el pensamiento más profundo de la mujer más sabia. La filosofía es, al cabo, una cierta desmesura del pensamiento y vale lo que vale la desmesura y para quien llega a la desmesura.

Por ello, lo que hay que preguntarse más bien es en qué medida el cambio existencial de la manera de pensar de una persona depende justamente de una manera de pensar, de una reflexión. En último término, si fuera así, esa reflexión se impondría por la fuerza de una reflexión previa y no pararíamos de buscar otra idea previa. Hay algo *anterior*, que *suele ser* la atracción que supone el afecto, en un sentido más amplio y profundo de lo que es habitual en el uso de esta última palabra. Puede ser el afecto que consiste en la atracción que ejerce en nosotros la manera de ser de otro. Digo que *suele ser* porque la confesión de Frossard no permite concluir que a todos nos suceda lo mismo. Ya saben que él era un filósofo agnóstico de formación judía; que se hizo amigo de un periodista católico que le resultaba simpático; que ese periodista lo citó un día en una iglesia, al parecer como mero lugar de encuentro para seguir después adonde fuera; que Frossard llegó tan tranquilo, empujó la puerta del templo, entró en él y creyó.

Pero todos –hasta los menos cultos– pensamos. No conozco a nadie que se haya convertido por un sistema filosófico, pero no es posible avanzar en la vida sin preguntarse qué es lo cierto, y es lógico que algunos, un poco más cultos o más cavilosos, se pregunten seguidamente en qué consiste que algo sea *cierto*; cosa que equivale a preguntarse *qué es la verdad*. ¿Recuerdan que fue el momento cumbre de la

serie de dudas por que pasó Pilatos antes de la Decisión Final? Tiene más de veinte siglos de historia y así andamos aún.

Decir que filosofar es apurar el pensamiento hasta la desmesura sólo es decir que nos *excedemos*. Quiero decir que la reflexión sobre qué es la verdad es una reflexión sobre la posibilidad de que algo nos trascienda (la verdad) y no sólo como constatación de que existe algo que es distinto de mí –algo que es *otro-*, sino además en el sentido de que me supedito a ello (me supedito a la verdad, si existe) y, en ese sentido, me excede y tengo que moverme en el terreno de aquello que me excede. Ser consciente de esto es muy útil para entender un poco a Dios, que tiene que excederse continuamente para estar junto a mí de continuo y que, desde mi punto de vista humano, es él mismo un exceso. Lo ha explicado muy bien Adolphe Gesché.

Que todo esto es eficaz para orientar la vida de las mujeres y los hombres, sin duda. Basta ver al legislador, que busca argumentos, los toma del derecho, cuyos teóricos los han tenido que tomar de los filósofos o filosofar ellos mismos. Y la legislación, como va unida a la coacción del poder, estructura la vida de los demás, que han de obedecer.

Pero este ejemplo es doblemente clarificador; porque mi vida no sólo está regulada por leyes y, por tanto, puedo pensar y constatar que no sólo está regida por argumentos y que, en suma, filosofar sigue siendo pensar con desmesura.

Pero simplemente pensar. Sólo hay una diferencia de grado entre la reflexión del filósofo y la del mentecato (entendido como “el de mente cautiva”, *mente captus*).

Visto así, preguntarse para qué sirve la filosofía es tanto como preguntarse si sirve de algo pensar.

José ANDRÉS-GALLEGO

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Historia, Madrid